

Breaking The Silence



Rompiendo el Silencio

Los soldados israelíes hablan

Exposición fotográfica y testimonios
Madrid, Barcelona, Sevilla, Vigo, Santiago, Toledo
Junio 2010



“Tengo una afición, la fotografía; toda mi vida está documentada con la cámara. No sé en qué pensaba al tomar estas fotos. Cuando estaba en el Ejército siempre tenía la cámara en la mano y recuerdo cómo esperaba la oportunidad de hacer más fotos para añadirlas a “mi colección”. Siempre sonreía al ser fotografiado y nunca presté atención a lo que había a mi alrededor. Tenía demasiada adrenalina, quería acción, estaba muy orgulloso de mí mismo y, al mismo tiempo, avergonzado de ello. No sé lo que me ocurrió, sigo sin saberlo.”



Contenido

La exposición.....	4
La gira.....	5
La organización.....	6
Sus voces	
Simcha Levental.....	8
Itamar Shapira.....	9
Palabras vacías.....	10
Contacto.....	11
Agradecimientos.....	12
Apéndice: Revista de prensa.....	13

La exposición

Círculo de Bellas Artes de Madrid

Del 10 al 20 de junio de 2010

El próximo 10 de junio se inaugurará la exposición **“Rompiendo el Silencio-Los soldados israelíes hablan”** en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

La muestra reúne un centenar de fotografías tomadas por soldados israelíes durante sus años de servicio en los Territorios Ocupados, un vídeo de testimonios de la reciente ofensiva **“Plomo Fundido”** sobre la Franja de Gaza y otros objetos que reflejan las prácticas de las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF).

Dos representantes de habla hispana de la organización Breaking The Silence guiarán a los visitantes y relatarán sus historias personales, como ex militares, durante la exposición, que permanecerá abierta hasta el 20 de junio. Paralelamente se organizarán charlas, debates y otros eventos en el Círculo de Bellas Artes y diversos emplazamientos.

Con el fin de profundizar en la estrategia militar israelí, Breaking The Silence ha traducido al castellano su libro de testimonios de soldados destacados en Hebrón, una ciudad que ejemplifica como ninguna otra la situación que se vive en la actualidad en los Territorios Palestinos. La publicación se distribuirá en el marco de la exposición y los eventos paralelos.

En junio de 2004 y con el título original **“Rompiendo el silencio-los combatientes hablan de Hebrón”** comenzaron a exponerse en Tel Aviv las imágenes recogidas por Breaking The Silence. Desde entonces la muestra ha pasado por **diversas ciudades de ese país** e instituciones como la Kneset (parlamento). A las fotografías y testimonios originales se han ido añadiendo nuevas imágenes y vídeos que siguen provocando hoy en día controversia y debate dentro de la sociedad israelí.

Los miembros de Breaking The Silence comprendieron pronto la necesidad de **trasladar el mensaje también a la comunidad internacional**, cuya influencia en el conflicto palestino-israelí es decisiva. Por ello se desarrolló una muestra adaptada al público internacional.

Las fotografías y testimonios incluidos en esta exposición han viajado hasta ahora a Ginebra, Amsterdam, Philadelphia, Cambridge y Copenhague, cosechando en todas esas ciudades un gran éxito de público y medios.

La gira

Barcelona, Toledo, Sevilla, Vigo, Santiago

Del 3 al 20 de junio de 2010

Los representantes de Breaking The Silence viajarán a Barcelona, Toledo, Sevilla, Vigo y Santiago de Compostela entre el 3 y el 20 de junio. Allí ofrecerán charlas, participarán en vídeo-forums y debates, mantendrán reuniones con instituciones y políticos autonómicos y locales y se encontrarán con organizaciones no gubernamentales.

Especialmente significativa es la presencia de la organización en Barcelona, que coincidirá con la Cumbre de la Unión por el Mediterráneo y la Cumbre UE-Egipto.

La gira cuenta con el apoyo de Amnistía Internacional. Otras entidades se han sumado a la organización de eventos, entre ellas Viraventos, Fundación Aragonés, Seminario Galego de Educación para a Paz.

Barcelona: Del 3 al 6 de junio de 2010

Toledo: 7 de junio de 2010

Santiago de Compostela: 14 de junio de 2010

Vigo: 15 de junio de 2010

Sevilla: 17 de junio de 2010



La organización

Orígenes y mandato

Breaking The Silence fue establecido en marzo de 2004 por soldados licenciados que servimos durante la Segunda Intifada, que estalló en septiembre de 2000.

Cuando terminamos el servicio militar obligatorio, nos dimos cuenta de que la sociedad que nos había dado la misión de protegerla no era consciente del precio moral, humano y social que todos pagamos por las acciones de las Fuerzas de Defensa de Israel (IDF) en los Territorios Ocupados Palestinos. Sentimos el abismo que separaba la realidad que experimentamos “allí” con la realidad percibida por la sociedad “aquí”.

El servicio en los Territorios y las situaciones a las que nos enfrentamos, deformaron el mundo moral en el que habíamos sido criados.

Todos servimos en los Territorios Palestinos: en Gaza, en Hebrón, en Belén o en otras poblaciones palestinas. Todos prestamos servicio en puestos militares de control, participamos en detenciones y en redadas, tomamos parte en acciones antiterroristas. Y aún así, pudimos ver la realidad tal y como es.

Civiles inocentes que resultaban heridos, niños que no podían ir a la escuela por los toques de queda, padres que no ponían comida sobre la mesa porque no podían ir a trabajar. La interacción diaria con el terrorismo y con la población civil nos dejaba indefensos. **Nuestro sentido de la justicia resultó deformado** y eso es algo aplicable a todo aquel que haya servido allí.

Después de licenciarnos del ejército, decidimos que nuestras vidas no podían continuar como si no hubiese ocurrido nada. **No queríamos olvidar lo que hicimos ni lo que vimos.** Decidimos romper el silencio porque había llegado el momento de hablar. El momento de contar todo lo que ocurre allí cada día.

La muestra “Rompiendo el silencio-los combatientes hablan de Hebrón”, que se inauguró en la Escuela de Fotografía Geográfica de Tel Aviv en junio de 2004, surgió de nuestro deseo de enseñar en casa lo que nunca antes se había visto.

Por primera vez el público pudo ver el mundo de los soldados que sirven en los Territorios y la rutina diaria de Hebrón. La respuesta a la exposición fue abrumadora. Miles de personas acudieron a verla, incluidos miembros de la Kneset y, lo que es más importante, soldados recién licenciados y sus familias. Este especial encuentro permitió a los visitantes contar a sus familias sus propias experiencias en los Territorios.

Nosotros también tuvimos oportunidad de reunirnos con otros soldados licenciados de nuestra edad y eso nos hizo ver claro que no somos los únicos en sentirnos así. **Esta es la historia de una generación que guardó silencio.** Por ello comenzamos a entrevistar y documentar testimonios de cientos de reclutas en activo o licenciados, garantizando absoluta confidencialidad a todos aquellos que nos contactaban. Trabajamos con asesores legales y periodistas para verificar los testimonios.

La calidad y cantidad de testimonios reunidos prueba una y otra vez que no estamos hablando de “casos aislados” o de unas pocas “ovejas negras”. Nos enfrentamos a un fenómeno peligroso y creciente, una parte integral de la rutina cotidiana en los Territorios. Cosas que en su momento eran excepcionales, se han convertido en lo normal hace mucho tiempo. La perspectiva que emerge de muchos testimonios sobre los procedimientos de

las IDF durante la Segunda Intifada revela una imagen preocupante de un sistema que pierde las restricciones humanas y morales. La degradación moral se ha extendido a todos los rangos y unidades de las IDF y también a la sociedad civil israelí.

La sociedad israelí debe darse cuenta de la trampa en la que todos estamos metidos, especialmente nuestros soldados. Nuestra sociedad debe entender el precio que estamos pagando por nuestras acciones en los Territorios Ocupados. Mientras nos defendemos a nosotros mismos del peligro, estamos creando otro desastre.

Una sociedad democrática que aspira a ser moral no puede ignorar la realidad que tolera y, en nuestro caso, esa realidad está en nuestro patio trasero. **Debemos reunir valor y ponernos frente al espejo** que nos colocan aquellos que fueron enviados allí. Debemos abrir un debate honesto sobre las cuestiones morales y sociales que se desprenden de la realidad en los Territorios antes de que sea demasiado tarde.

Breaking The Silence es un intento desesperado de alarmar a la sociedad israelí y a la internacional, para que sean conscientes de la catástrofe que estamos llevando a otros y a nosotros mismos.



Sus voces



Simcha Levental

Cuando Simcha tenía 14 años, sus padres, judíos ultra-ortodoxos, decidieron seguir la “llamada de Dios” y emigrar desde México D.F. a Oriente Medio. La familia se instaló en el asentamiento religioso de Modi’in Illit, construido sobre tierras palestinas. Simcha, el mayor de diez hermanos, fue durante años un hijo ejemplar. Dedicó su primera adolescencia a estudiar el Talmud en una prestigiosa yeshiva (escuela religiosa judía) de Jerusalén y se sintió orgulloso de la presencia de su familia en Cisjordania, que entendía como una reivindicación política del “derecho” del pueblo judío a poblar la Tierra Santa.

Comenzó más tarde a sentirse oprimido por la tradición ultra-ortodoxa, ante su deseo de estudiar álgebra, leer a Shakespeare, analizar las leyes de Newton o aprender hebreo moderno, todo ello prohibido para él en la yeshiva. Quiso formar parte de la sociedad israelí secular y decidió alistarse en el ejército, algo vetado en la comunidad ultra-ortodoxa.

Entre 2000 y 2003 sirvió en los Territorios Ocupados, principalmente en los puestos de control militar (checkpoints), llegando a ser comandante de una unidad de infantería. Y comenzó a darse cuenta de que había abandonado las restricciones de una comunidad para formar parte de otro grupo opresor.

A lo largo de sus años de servicio, Simcha descubrió que las políticas de planificación juegan un papel central en la violación de derechos humanos. El diseño de infraestructuras para servir a un solo grupo, el de los colonos judíos, y la imposición de cortes de carreteras, checkpoints y toques de queda, a costa de otro grupo, los palestinos. Se sintió doblemente responsable de estas políticas, como soldado y también como residente en el mayor asentamiento de Cisjordania.

En 2004 fundó, junto a otros compañeros, Breaking The Silence, organización a la que permanece vinculado desde entonces.

Simcha, de 28 años, reside en la actualidad en Boston, donde realiza un posgrado en el departamento de Planificación, Urbanismo y Medio Ambiente de la Tufts University.



Itamar Shapira

Como sionista convencido, Itamar no dudó al ser llamado a filas en 1999 ni al ser enviado a servir a Líbano, brevemente, y después a los Territorios Palestinos. Durante tres años formó parte de una unidad de combate del Nahal, la brigada de infantería de las Fuerzas de Defensa Israelíes (IDF).

Participó en incursiones, arrestos masivos, acciones de represalia colectiva, colocación de checkpoints. Fueron los años del final de la Primera Guerra de Líbano, del inicio de la Segunda Intifada, del cambio de rumbo marcado por el 11-S, de los atentados de militantes palestinos, de los asesinatos “selectivos” israelíes, del agravamiento de la Ocupación. E Itamar, que en la actualidad tiene 30 años, decidió salir de la espiral de odio y violencia

Decidió unirse a Breaking The Silence en los inicios de la organización, ofrecer su testimonio personal de forma pública, participar en charlas y colaborar en la recolección de otros testimonios.

En la actualidad trabaja como guía en Jerusalén, donde muestra a visitantes extranjeros y ciudadanos israelíes los asentamientos, el Muro, las demoliciones, las evacuaciones forzadas y otras políticas que dificultan cada vez más la vida de la población palestina.

Palabras vacías

Esta exposición es una mirada más allá de las grandes palabras, de conceptos como toque de queda, honor de guerra, comandos, políticas, confrontación de baja intensidad.

Detrás de estas grandes palabras está un pequeño soldado de 18, 19, 20 años. Y el soldado no comprende realmente de política, no sabe en qué lugar de su M16 se esconde el honor, ignora qué significa exactamente “baja intensidad” aquí. Las palabras pierden su significado el primer día que hace cumplir un toque de queda. El día que ve como un terrorista suicida salta por los aires a veinte metros de él. El día que recibe maldiciones y golpes de los judíos a los que tiene que proteger. El día que llega a Hebrón.

Después de dos días, ese soldado, yo, comprendí que, si quería sobrevivir, tenía que encerrar todo lo que era, mis valores e ideologías, mis sentimientos y pensamientos en una pequeña caja y callarme. La primera vez que volví a casa desde Hebrón, también metí en esa caja todo lo que había vivido en las dos semanas precedentes. Y aseguré a mis padres que la situación era difícil pero manejable. Me abrazaron, siguieron preocupados y continuaron esperando el día en que pudiera salir de Hebrón.

Un alto muro de silencio se levantó alrededor de todos nosotros. Callábamos después de las guardias, cuando regresábamos a casa de permiso. Con nuestras novias, nuestros colegas, nuestros padres. Yo guardaba silencio mientras veía como me convertía lentamente en un robot mudo y frío. **Y me avergonzaba de las cosas que iba descubriendo de mi mismo.**

Mi padre me llevaba en coche hasta Jerusalén, desde donde yo continuaba camino solo en un autobús blindado hasta Hebrón. Me enviaban paquetes, me llamaban cada día. No tenían ni idea de lo que en realidad estaba pasando su hijo y no era su culpa.

Anoche, después de colgar todas las fotografías en la galería, me paré y miré a mi alrededor. Y me di cuenta de pronto de que mi madre entendería al fin cómo es la ciudad antigua de Hebrón. Casi un año después de que acabara el servicio militar, mi madre vería finalmente el lugar donde su hijo pasó casi un año. **Entendería lo lejos que estuve de casa.** Mi padre escucharía a otros hijos modelo como yo cuando hablaran de la demencia a la que se enfrentaron en Hebrón.

Todo saldría a la luz. Me di cuenta de todo eso y me invadió un sentimiento que compensaba todo el trabajo de las últimas semanas, todas las presiones e inquietudes. Tuve la sensación de que el espeso silencio quizás se acabaría.

Mirad en torno a vosotros, mirad a los soldados licenciados que se encuentran entre vosotros, observad el alivio en sus rostros. Se debe a que **la pesada carga que llevábamos solos hasta hoy, pasa a estar sobre los hombros de todos.** Toda la sociedad israelí es responsable. Fue la sociedad israelí la que nos envió a Hebrón, la que nos mandó allí con inquebrantable convicción.

Esta noche, gracias a todos los que estáis aquí, ha llegado el momento de hablar de lo que vivimos, de cómo estamos regresando junto a vosotros. Ha llegado el momento de volver a casa.

Tel Aviv, junio de 2004.

Presentación escrita por Yonatan Boemfeld para la inauguración de la primera exposición de Breaking The Silence.

“Servir en los Territorios no es una cuestión de insensibilidad; es un “subidón”, una especie de “subidón” negativo. Siempre estás cansado, siempre estás hambriento, siempre tienes ganas de ir al baño, siempre tienes miedo a morir, siempre estás ansioso por cazar al terrorista. Es una vida sin descanso. Incluso cuando duermes, no duermes bien.”

“Creo que tu capacidad de juicio queda un poco perjudicada cuando cada día... cuando, a tus ojos, tu enemigo es un árabe o cualquier otro... no le miras como a un ser humano frente a ti, sino como a un enemigo y esa es la palabra para él: enemigo. No es un perro, no es otro animal, no piensas en él como un ser inferior. Simplemente, él no cuenta. Punto.”



www.breakingthesilence.org.il
info@shovrimstika.org
+34 610047330

Agradecimientos

Entidades colaboradoras: Círculo de Bellas Artes, Amnistía Internacional, Demostra



Breaking The Silence agradece también el apoyo logístico de Viraventos, Fundación Araguañey



“No había inocentes en Gaza”

26 soldados que participaron en la guerra explican a una ONG israelí las atrocidades perpetradas durante 22 días de contienda

JUAN MIGUEL MUÑOZ - Jerusalén - 15/07/2009

“Abrimos fuego y no hacemos preguntas”. “Nos dijeron que debíamos arrasar la mayor parte posible de nuestra zona”. “Mi comandante me dijo, medio sonriendo, medio serio, que esas demoliciones podrían añadirse a su lista de crímenes de guerra”. “Si alguna vez nos hablaron de inocentes, fue para decirnos que no había inocentes”. Es el turno de los soldados israelíes. Dirigentes, académicos y analistas hebreos; políticos y civiles palestinos; organizaciones no gubernamentales internacionales y locales; Naciones Unidas. Todos han investigado y extraído conclusiones de la guerra que el Ejército israelí lanzó contra Gaza el invierno pasado. ¿Guerra? “¿Es realmente plausible denominar batallas al bombardeo con artillería y tanques, y al fuego lanzado desde helicópteros y aviones?”, se pregunta el abogado Michael Sfard, defensor ante los tribunales israelíes de muchas víctimas palestinas del Ejército. “Es el ataque más duro que ha infligido el Estado de Israel a una zona urbana densamente poblada por civiles”, añade Sfard. Algún ex diplomático israelí confiesa, exigiendo no ser citado, que las operaciones por tierra, después de la primera semana de bombardeos aéreos, fueron “un exceso”. Pero ahora lo han contado a Breaking the Silence (Rompiendo el Silencio), una ONG israelí, 26 militares que participaron en la campaña. Algunos se plantaron ante las cámaras y prefirieron que su rostro fuera difuminado. Otro, como el experimentado sargento reservista Amir, a cara descubierta. Su descripción provoca escalofríos y explica por qué varias zonas de Gaza parecían devastadas por un terremoto. A todos ellos les resultará muy difícil tragarse la coletilla que los líderes de su país utilizan a destajo: “El Ejército de Israel”, dicen, “es el más moral del mundo”. La guerra de Gaza ha sido un punto y aparte. No hubo reglas y los crímenes de guerra, según la ONG, no fueron ni mucho menos hechos aislados.

Todo fue diseñado para acometer una “guerra sin bajas”, en palabras de Sfard. Y como relata Yehuda Shaul, uno de los directivos de Breaking the Silence, “la mejor manera de defenderse es disparando fuego masivamente. Así el enemigo no saca la cabeza. Se bombardearon barrios y viviendas sabiendo que se iba a matar a civiles. Después de lanzar octavillas sobre un barrio, se decidió que se podía matar a quien fuera”. 1.400 palestinos perdieron la vida en 22 días de contienda, una gran mayoría de ellos civiles. Las milicias palestinas mataron a tres inocentes israelíes con cohetes kassam. De los nueve soldados caídos, cuatro lo fueron por fuego amigo. Unas 50.000 casas, 200 escuelas, casi un millar de fábricas fueron dañadas o convertidas en ruinas, según Naciones Unidas. La lucha entre militares y milicianos fue la excepción en una campaña en la que soldados disparaban contra depósitos de agua por aburrimiento; en la que se lanzaron bombas de fósforo en zonas civiles, en las que muchos soldados se dieron al pillaje, y en la que se disparaban cañones para despertar a una compañía.

“Las reglas de combate no distinguieron entre combatientes y civiles; no tuvieron en consideración que los combates tuvieron lugar en una zona donde debía conocerse la presencia de niños, mujeres y ancianos; se emplearon armas con un radio de precisión inapropiado para áreas llenas de civiles; la amplia devastación; la destrucción sistemática; su increíble magnitud; la destrucción de casas, apartamentos, edificios públicos y propiedades, en muchos casos sin que respondiera a una aparente necesidad militar”, precisa Sfard. “Disparar a cualquiera que se supone no debe estar en un lugar” fue una regla destinada a impedir bajas propias. A cualquier precio. No se daban órdenes precisas, pero todos los soldados coinciden en que había que hacer lo que fuera para no caer heridos. Un militar admite que se empleó con profusión la denominada “entrada mojada”. Es decir, el allanamiento de una casa a tiro limpio. En ocasiones lanzando misiles o proyectiles antitanque. Después se comprobaría lo que había dentro.

La destrucción, deliberada según los testimonios, fue minuciosamente planificada. Antes de la guerra, durante el entrenamiento, “nos dimos cuenta de que esta vez no se trataba de una campaña, sino de una guerra en la que te quitas los guantes... Las consideraciones que estábamos acostumbrados a escuchar sobre las reglas de combate, y los esfuerzos por no dañar a inocentes no se escucharon esta vez. Al contrario... Un comandante nos dijo que no habría segundos pensamientos sobre cualquier amenaza, real o imaginaria, que pudiéramos sentir... La idea era abrir fuego y no intentar considerar las repercusiones. Ante cualquier obstáculo, ante cualquier problema, abrimos fuego y no hacemos preguntas. Si hay un vehículo en el camino, se aplasta; si hay un edificio se bombardea. Éste es el espíritu que se transmitió durante el entrenamiento”, relata Amir.

El componente religioso también jugó su papel. “Se repartieron pasquines con el sello del Ejército y su Rabinato que contenían material político explícito: los palestinos eran descritos como los filisteos, nuevos en esta tierra. Como alienígenas en esta tierra que nosotros debemos retomar. Luego el rabino Chen nos habló de la santidad del pueblo de Israel y de que estábamos luchando en una guerra entre la luz y la oscuridad llena de connotaciones apocalípticas y escatológicas. El lenguaje era altamente mesiánico. La guerra entre la luz y la oscuridad era la preparación para la redención. Pero más perturbador que este asunto religioso era la demonización del otro, los hijos de la oscuridad, mientras nosotros éramos los hijos de la luz. Esto es muy problemático porque se podría esperar que se hiciera una distinción con los civiles”, narra otro militar.

Un activista de la ONG israelí Breaking the Silence le pregunta a Amir, que ha servido en Gaza y Cisjordania varias veces como reservista: ¿Esto era nuevo para ti? “Sí. Sin ninguna sombra de duda... Nunca tuve permiso o recibí instrucciones para comportarme de este modo... De alguna manera, el Ejército siempre planteaba vías para tratar de evitar heridos. En esta ocasión, la sensación era la contraria. Como si herir a civiles no jugara un papel en las consideraciones... Si alguna vez nos hablaron de inocentes fue para decirnos que no habría inocentes. Todos allí eran el enemigo. Es una frase que escuchamos al comandante de la brigada... No había normas para el combate. La norma era disparar”.

Relata un soldado que observó a un hombre con una antorcha y camisa blanca aproximarse. Pidió a su comandante permiso varias veces para realizar disparos de disuasión (a metros de distancia para que el palestino se detuviera) tras informarle de que el hombre no iba armado. El oficial no se lo concedió. Cuando ya estaba muy cerca, cuanta el uniformado: “De pronto una explosión de fuego que venía de arriba nos hizo saltar a todos. El hombre comenzó a chillar. No lo olvidaré mientras viva. Todo el mundo disparaba y el hombre gritaba. El comandante bajó las escaleras y dijo: ‘Este es el comienzo de la noche’. Se preguntó al comandante porque no había autorizado el fuego de disuasión, y contestó: ‘Es de noche y era un terrorista’. Cuando le dijimos que el hombre sólo llevaba una antorcha, respondió: ‘No importa, era de noche’... Al día siguiente enviamos a un perro para detectar si tenía explosivos. No tenía nada. Sólo su antorcha. Mientras el presidente Simón Peres y varios miembros del Gobierno repitieron hasta la saciedad que Hamás y los demás grupos armados palestinos utilizaron escudos humanos en sus operaciones y que sus acusaciones eran propaganda, resulta patente, a tenor de estos testimonios, que el Ejército israelí sí los utilizó. “Johnnies”. Así llamaban los uniformados a los palestinos que eran forzados, encañonados y maniatados, a entrar en las casas sospechosas de albergar a milicianos. En alguna ocasión, alguno debió entrar más de una vez para tratar de convencer a los hombres armados milicianos de que se rindieran. ¿Y si no se rendían, se derribaba la casa sobre ellos? “Sí”, contesta un sargento de la Brigada Golani. Otras veces obligaban a los palestinos a taladrar paredes con martillos mecánicos para eludir cualquier riesgo de que los soldados se toparan con una trampa explosiva.

“No era necesario tanto fuego. Tengo la sensación de que el Ejército buscaba una oportunidad para llevar a cabo una demostración de fuerza espectacular. Es la única explicación para el uso de morteros dentro de una zona urbana”, explica un sargento de una brigada de infantería que fue enviado a Netzarim, al sur de la ciudad de Gaza. “Los objetivos de la guerra eran vagos. Pero nos dijeron que debíamos arrasar la mayor parte de la zona posible. Esto es un eufemismo de destrucción sistemática”. El suboficial explica que las casas se derribaban por dos razones. Una operacional: la sospecha de que en una vivienda se guardaban armas, o si de ella partían túneles, o si había señales de que se había excavado. El segundo motivo lo denominaron “El día después”, teniendo siempre en mente que la operación era de duración limitada. “La idea era dejar un área estéril detrás de nosotros cuando nos marcháramos. Y el mejor modo para lograrlo era arrasar la zona. Así tendríamos buena capacidad de fuego, visibilidad abierta. Podíamos verlo todo. Eso significaba las demoliciones para el “Día Después”. En la práctica, esto supuso derribar casas que no eran sospechosas. Puedo incluso decir que, en una conversación con mi comandante, mencionó, medio sonriente, medio triste, que esto podría añadirse a su lista de crímenes de guerra”.

No se escatimaron métodos ni recursos. “Todos los medios de destrucción se utilizaron, al menos los que yo conozco. Las casas eran demolidas con excavadoras D-9 que trabajaban continuamente, pero la artillería, helicópteros, tanques y aviones también se emplearon. Y morteros de 81 milímetros, creo. Y, por supuesto, unidades especiales de ingenieros que hicieron explosiones controladas de casas. Las explosiones eran constantes. No siempre sabían porqué, pero volaban casas diariamente”. En los alrededores de donde se instaló la compañía de este sargento no hubo combates. “No, no. En general no vimos a nadie vivo, excepto los soldados”. También con experiencia en la franja de Gaza, el sargento coincide con los demás militares: “La destrucción fue en una escala diferente. Nunca había conocido semejante poder de fuego”.

¿Que te preocupa de esta operación? Y responde otro soldado: “Primero, tanta destrucción, todo ese fuego contra inocentes. La conmoción de darme cuenta de con quien he estado en esto. ¡Como se comportaban mis compañeros! Es asombroso, inconcebible... Todo ese odio, disfrutar matando. (Decían): ‘He matado a un terrorista, uuuau’. ‘Le reventamos la cabeza’. Otro compañero se muestra aliviado por haber sido destinado a otra unidad con soldados más veteranos. “No eran de gatillo fácil”, comenta.

El Ejército lamentó que otra ONG haya difundido un informe con testimonios anónimos. Al menos uno, el del sargento Amir, no lo es.

El horror se llama Hebrón

MARIO VARGAS LLOSA 05/10/2005

Hebrón, ciudad palestina de unos 130.000 habitantes árabes y 500 colonos judíos, está sólo a 36 kilómetros de Jerusalén, pero llegar a ella es una aventura de contornos kafkianos, que puede durar muchas horas. El mapa indica que hay varias entradas posibles a Hebrón, pero, en la realidad, muchas de esas entradas están clausuradas con grandes piedras o altos de basura o con barreras militares, en las que, como en el juego infantil de "el paraíso" ("¿Es aquí el paraíso?". "No, en la otra esquina") los soldados de guardia, muy amables, despachan al automovilista a otro checkpoint diez o veinte kilómetros más allá que, por supuesto, resulta también cerrado. Después de un par de horas de este juego deprimente optamos por intentar algo que parecía improbable: llegar a la ciudad cruzando por el asentamiento de Kiryat Arba. Lo conseguimos gracias a la aptitud persuasiva del novio de mi hija Morgana, que nos acompañaba y que es judío y habla hebreo.

El asentamiento de Kiryat Arba, con sus elegantes edificios y avenidas arboladas, almacenes, farmacias, jardines y casitas primorosas, todo de una limpieza inmaculada, da la impresión de ser uno de esos suburbios estadounidenses para gente muy próspera y no un lugar que está en el corazón del más tenso y conflictivo rincón del Medio Oriente. Hebrón, en cambio, es la imagen de la desolación y el dolor. Hablo del llamado sector H-2, la parte más antigua de esta antiquísima ciudad -una quinta parte del total-, que está aún bajo control militar de Israel y donde se hallan incrustados los cuatro asentamientos donde viven unos quinientos colonos. En esta zona se halla uno de los lugares más santos para el Judaísmo y el Islam, la llamada Tumba de los Patriarcas, donde, en febrero de 1994, el colono Baruch Goldstein ametralló a los musulmanes que allí oraban, matando a 29 e hiriendo a varias docenas más.

Es para proteger a estos colonos que toda la zona está erizada de barreras, campamentos y puestos militares y recorrida por patrullas israelíes. Pero, tal como van las cosas, esa movilización será dentro de poco bastante innecesaria porque ese sector de Hebrón, donde se lleva a cabo una sistemática limpieza étnica o religiosa, quedará sin vecinos árabes. Su mercado es varias veces centenario y, al parecer, cuando las tiendas estaban abiertas y acudían compradores era tan multicolor, variado y atestado como el de Jerusalén. Ahora está vacío y con las puertas de todos los comercios selladas. Recorriéndolo, uno se siente en el limbo. Y también cuando camina por las desiertas calles de los contornos, con todas las fachadas clausuradas con placas metálicas y en cuyos techos se divisan de tanto en tanto puestos militares. Las paredes de todo este barrio semivacío están llenas de inscripciones racistas "Muerte a los árabes" y también de insultos y amenazas a Sharon, por la desactivación de Gaza. Frente al cementerio hay una inscripción homicida: "Sharon: Rabin te espera aquí".

El periodista Gideon Levy, del diario Haaretz -un magnífico periodista y un excelente diario, por lo demás- a quien conocí mientras recorría Hebrón, señala en un artículo del 11 de septiembre que en los últimos cinco años unos 25.000 residentes han sido erradicados de sus hogares en la zona H-2 de la ciudad. Y sólo en el barrio de Tel Rumeida, donde está el asentamiento de este nombre, de las 500 familias árabes que allí residían quedan apenas 50. Lo extraordinario es que éstas no se hayan marchado todavía, sometidas como están a un acoso sistemático y feroz de parte de los colonos, que las apedrean, arrojan basuras y excrementos a sus casas, montan expediciones para invadir sus viviendas y destrozarlas, y atacan a sus niños cuando regresan de la escuela, ante la absoluta indiferencia de los soldados israelíes que presencian estas atrocidades. Nadie me lo ha contado: yo lo he visto con mis propios ojos y lo he oído con mis propios oídos de boca de las mismas víctimas. Y tengo en mi poder un vídeo donde se ve la espeluznante escena de niños y niñas del asentamiento de Tel Rumeida apedreando y pateando a los escolares árabes y sus maestras de la escuela "Córdoba" (Qurtaba), del barrio, quienes, para protegerse unos a otros, regresan a sus hogares en grupo en vez de hacerlo de manera individual. Cuando comenté esto con amigos israelíes, algunos me miraron con incredulidad y vi en sus ojos la sospecha de que yo exageraba o mentía, como suelen hacer los novelistas. Ocurre que ninguno de ellos pisa jamás Hebrón ni tampoco lee a Gideon Levy, a quien consideran el típico judío "judeófobo y antisemita".

Para llegar a la casa de Hashem al-Gaza, o a la de cualquiera de sus vecinos árabes, no es posible hacerlo por la puerta principal, pues está bloqueada con altos de inmundicias y piedras que arrojan contra ella los colonos, instalados en un asentamiento que sobrevuela todo el barrio. Hay que hacerlo por la parte de atrás, escalando la empinada colina poco menos que a gatas, como una cabra, y deslizándose muy de prisa por la pequeña huerta y el jardín, también cubiertos de desperdicios y excrementos, igual que los techos. Pero, a pesar de ello, y de tener tapiadas las ventanas por temor a los proyectiles de los irascibles vecinos, el interior de la casa de Hashem al-Gaza es cálido y confortable.

Es un hombre de 43 años, alto y escuálido, que nos ofrece té y nos presenta a sus dos hijos, de siete y dos años. La niña, Raghad, va a la escuela, y ella y sus primos Jannat, Yundus, Yousef y Ahmad, también del barrio, han sido agredidos muchas veces al venir de la escuela por los niños del asentamiento Ramat Ishay. Están bien entrenados y saben que deben venir siempre juntos, a la carrera, procurando utilizar los ángulos muertos de la calle. También saben que no deben salir jamás al jardín ni al huerto y vivir siempre amurallados dentro de la casa. Pero ni siquiera allí es seguro que estén a salvo. Pues, en enero de 2003, un sábado en la tarde, súbitamente 10 colonos y 3 policías israelíes irrumpieron en la

casa. Encerraron a Hashem, su mujer y los niños en el interior, y, con una sierra mecánica, cortaron todas las viñas del huerto, que habían sembrado los ancestros del dueño de casa. Salimos para que me las muestre: ahí están, mutiladas y rodeadas de mierda y de detritus. “Pero, a pesar de todo, ni yo ni mi familia saldremos de aquí”, afirma, con fuerza. “Si quieren, que nos maten”.

Cuando digo que me parece increíble que los soldados, que tienen un puesto a pocos metros de allí, permitan a los colonos someter a los árabes del barrio a esa cacería implacable, Yehuda Shaul me explica que las instrucciones que reciben del Ejército son muy precisas: tratar de persuadirlos de que no actúen contra la ley, pero que están prohibidos de arrestarlos. Él debe saberlo: estuvo cuatro años en el Ejército y llegó a tener un puesto de comando. Es un muchacho grueso y apasionado, de apenas 22 años, pero parece mucho mayor, por la intensidad con la que vive y habla. Es uno de los justos que tiene este país.

Yehuda nació en una familia muy religiosa y él lo fue también. En cierta forma lo debe seguir siendo, pues lleva en la cabeza la kipá, aunque ahora, por lo que trata de hacer, su familia ha roto con él. Era un patriota y entró al Tsahal, a hacer su servicio militar, lleno de orgullo y de entusiasmo. Debió de hacerlo muy bien, porque, cumplidos los tres años obligatorios, le propusieron que se quedara en filas y siguiera unos cursos de comando. Al volver a la vida civil, optó por lo que hacen muchos jóvenes israelíes: el viaje a India. Un viaje lustral, para descansar, meditar, y limpiarse la cabeza. Para él, ese viaje significó también cambiar de piel y de ideas, y volver a Israel poseído de un designio temerario: romper el silencio sobre la verdadera función del Ejército en Gaza y en los territorios ocupados. “En India, el recuerdo del terror que vi en los ojos de los niños palestinos, el de las mujeres de las casas que invadíamos, de los hombres que golpeábamos o matábamos no me dejaba dormir. Si no hubiera hecho algo, no hubiera podido seguir viviendo”.

Con un grupo de 64 ex soldados como él (seis de los cuales aceptaron dar testimonio mostrando sus caras) Yehuda Shaul fundó la organización Breaking the Silence (Romper el Silencio) que ahora, me dice, tiene cerca de 300 adherentes, todos hombres y mujeres que han pasado por el Ejército, decididos a denunciar los excesos y violencias cometidas por el Tsahal en los territorios ocupados. Publican un boletín, reúnen material informativo, recogen testimonios, y el año pasado hicieron una Exposición fotográfica en Tel Aviv que visitaron varios millares de personas. Estamos conversando en una placita de Hebrón sombreada por sauces y una señora que está en la banca del lado de pronto reconoce a Yehuda y lo insulta, indignada. Él no se inmuta y con objetividad traduce: “Me ha llamado el desintegrador de Israel”. “No soy un pacifista”, me dice, “tampoco un político. No estoy afiliado a partido alguno y nunca lo estaré. Lo que hacen los colonos, aquí y en otras partes de los territorios, es una distorsión total de mi religión. Sólo queremos abrir los ojos del gran público. La inmensa mayoría de los israelíes no sospechan siquiera los horrores que perpetra el Ejército con los palestinos. Las torturas, los asesinatos, los abusos que se cometen a diario. Los asentamientos de colonos son la fuente de todos los problemas”.

Cuando le oí decir lo mismo hace unos días a la escritora y periodista Amira Hass en la bella terraza del Hotel Aldeira, de Gaza -el único lugar que admite ese adjetivo en esa desventurada y feísima ciudad-, que los asentamientos son el meollo del problema palestino-israelí y el obstáculo más grave para poder resolverlo, dudé. Pero ahora, 10 días después, luego de haber visto y oído tantas cosas, creo que ambos tienen razón. Los asentamientos no son pasajeras operaciones que puedan ser desmontadas fácilmente, como se podría creer luego de lo ocurrido en Gaza. Allí, las 21 colonias y sus 8.500 ocupantes han podido ser desalojados, luego de una espectacular movilización de todo el Ejército de Israel. Pero en Cisjordania hay casi 200.000 colonos y centenares de asentamientos, algunos de los cuales se han convertido, como Kiryat Arba, en verdaderas ciudades equipadas con todos los servicios y adelantos más modernos, de altísimos niveles de vida y armadas hasta los dientes, cuyos pobladores son, en su gran mayoría, militantes religiosos y nacionalistas, convencidos de que están allí cumpliendo un mandato divino y dispuestos a cualquier extremo para impedir que los despojen de una tierra que, según ellos, Dios entregó a Israel. Si se suma estos colonos a los que ocupan los asentamientos construidos en Jerusalén Este y alrededores, el número sobrepasa los 400.000.

Todos los Gobiernos israelíes, de derecha o de izquierda, han fomentado, aprobado o se han resignado a la proliferación de estos asentamientos en las tierras ocupadas desde que, en 1967, Israel las invadió. Curiosamente, a veces han sido los Gobiernos que parecían más dispuestos a llegar a un acuerdo con los palestinos, los que más hablaban de la paz, como los de Rabin y de Ehud Barak, los que fueron más tolerantes con la apertura de colonias. Durante el Gobierno de Barak, por ejemplo, el número de asentamientos se duplicó en Cisjordania. Lo cual quiere decir, seguramente, que tanto laboristas como conservadores fueron siempre incapaces de aceptar de verdad, con todo lo que ello implicaba, que a cambio de la paz Israel debería abandonar todos los territorios marcados por las fronteras de 1967.

Muy pocos vieron esto cuando se firmaron los acuerdos de Oslo de 1993. En ellos, no se hacía siquiera mención del asunto espinoso de los asentamientos. “Y por eso”, dice Amira Hass, “estaban condenados a fracasar”. Ella fue una de las pocas personas de la izquierda israelí que no sólo no se entusiasmó con aquél acuerdo que todos los pacifistas y progresistas de Israel celebraron como una gran victoria. Y, por eso, a Amira Hass no le sorprendió nada que pocos años después de firmados todo fuera para peor.

Se trata de una extraordinaria mujer, a la que quise conocer desde que leí el primer artículo suyo, en Haaretz. Hija de dos sobrevivientes del Holocausto y militantes comunistas, estudió en la Universidad Hebrea de Jerusalén y pasó dos meses en la Rumania de Ceausescu, lo que, dice, la vacunó para siempre del comunismo. Trabaja desde hace años

en Haaretz. En 1993 se fue a vivir en los territorios ocupados, primero Gaza y luego Ramallah, donde todavía reside, porque “quería saber cómo era sentirse aplastada por un Ejército colonizador, obligada a pedir permisos para trabajar, para viajar, para moverme dentro de la misma ciudad”. Ha aprendido el árabe que, advierto, habla con total desenvoltura. Sus artículos son siempre minuciosamente documentados y, todos ellos, animados de un poderoso aliento moral, de una voluntad de justicia que estremece al lector. Recomiendo a toda persona que quiera saber qué significa vivir bajo una dominación colonial leer su libro *Drinking the sea at Gaza* (1996) (Bebiendo el mar en Gaza), uno de los más tristes y vibrantes que haya leído en mucho tiempo. Es otro de los justos de Israel.

Por culpa de los asentamientos, dice, se ha ido construyendo el sistema de dominación de la población palestina en Israel. Es un sistema opresivo, por una parte, y, por otra, profundamente corruptor. Pues, al establecer categorías distintas entre la población ocupada, algunos obtienen más permisos, otros menos, y los demás ninguno. Esto les impide actuar de una manera coordinada y enfrenta a unos contra otros, en busca de los pequeños privilegios que concede el ocupante. Amira Hass es muy pesimista con lo que pueda ocurrir después de la desocupación de Gaza. No cree que este proceso tenga continuación. “Palestina está de tal modo quebrada y cuarteada por los asentamientos que nunca será viable como una entidad soberana”. Y, respecto a la Franja, sostiene que mientras Israel mantenga el control de las fronteras -aire, mar y tierra-, cerrando a los habitantes de Gaza la posibilidad de exportar y de comerciar con el West Bank, seguirán en la pobreza y la desocupación. Habla con seguridad y sin la menor truculencia. Pero cuando cuenta la sofocación y la claustrofobia que agobia a los vecinos de Gaza, y de la desesperación que padecen los refugiados, le brillan los ojos de indignación.

Me presenta a varios palestinos, que deben ser viejos conocidos suyos, pues le hacen bromas. Y le repiten que es una imprudente al seguir movilizándose sola por las calles de Gaza, de noche, ahora que se han puesto de moda los secuestros. Pero tengo la impresión de que a esta israelí que hace ya más de diez años ha elegido vivir bajo las bombas y los estados de sitio y los ataques terroristas, un secuestrador más o menos no debe quitarle el sueño.

Gracias a ella paso una de las veladas más simpáticas de toda mi estancia en la región. Me lleva a cenar donde una pareja de amigos que la alojan, en un barrio algo excéntrico de la ciudad de Gaza. Él es ingeniero y su esposa dirige una ONG que trabaja organizando a las mujeres y animándolas a defender sus derechos. Son jóvenes, modernos, guapos y, en el mundo de sufrimiento y violencia que los rodea, serenos y sensatos. Se conocieron cuando eran estudiantes becados en Praga y desde entonces, a la vez que se ganan la vida ejerciendo profesiones liberales, militan, defendiendo una opción reformista. En las últimas elecciones palestinas apoyaron la candidatura de Mustafá Barghouthi. “De jóvenes éramos comunistas, pero como el comunismo ya se murió, ahora somos lo que queda: moderados, centristas, reformistas, eso”. Hacen bromas y no sólo ponen una buena cara a lo que pueda venir sino que su optimismo es tan genuino que me contagia: sí, sí, hay esperanza, algo bueno ha pasado con la salida de los colonos de Gaza y no es imposible que siga pasando.

Público

Retrato de los abusos en Cisjordania

Soldados israelíes denuncian los excesos que cometieron sus compañeros en la batida de un pueblo palestino

EUGENIO GARCÍA GASCÓN - CORRESPONSAL - 08/06/2009 06:00

El último informe de la organización israelí Shovrim Shtika (Romper el Silencio) hace un crudo retrato de los abusos del Ejército en Cisjordania. Los testimonios que aporta explican el comportamiento habitual de los militares israelíes con los palestinos, aunque los nombres de los soldados que se han atrevido a dar testimonio no se publican por razones obvias, incluida la de que todavía están realizando el servicio militar.

El informe, al que ha tenido acceso Público, se centra en una operación que consistió en ocupar el pueblo de Haras, en la zona occidental de Cisjordania, y convertir su escuela en un centro de detención el 26 y el 27 de marzo últimos. La unidad de los sargentos A. y S. tomó la escuela y se dispuso a detener a todos los varones que tuvieran entre 17 y 50 años, aunque entre los detenidos había también niños de 14 años. Se les ató las manos y se les vendó los ojos. La operación duró desde la mañana del 26 hasta el mediodía del día siguiente.

“Lo que más me chocó fue que los soldados nos convertimos en ladrones”

Se presentó un problema cuando, después de varias horas, los detenidos empezaron a pedir permiso para ir al cuarto de baño. “Los soldados que los acompañaban les pegaban y les insultaban sin ninguna justificación... En una ocasión los soldados llevaron a un árabe al baño y le dieron un golpe que lo derribó. Llevaba las manos atadas a la espalda y una cinta de nylon le cubría los ojos... Tenía unos 15 años y no había hecho nada”, explica el sargento A. Los detenidos tuvieron las manos atadas durante unas siete horas. En las dos jornadas se detuvo a unos 150 palestinos del Haras, que se pasaron horas y horas al sol en las condiciones descritas.

“Muchos reservistas participaron en la operación y lo celebraban insultando a los palestinos, humillándoles, tirándoles del pelo o de las orejas, con patadas y con bofetadas. Esto era la norma de todo el batallón”.

¿Participaron los soldados voluntariamente en estos abusos o había soldados que querían cambiar las normas? “Los soldados no quieren cambiar nada”, dice el sargento A. “Ven a todos los árabes como terroristas potenciales. Así lo entienden. Piensan que cada árabe que ven en un control militar es un terrorista. Así es como han sido educados”.

Los reservistas israelíes daban patadas y bofetones a los 150 palestinos maniatados

Otro militar que participó en la operación de Haras, el sargento S., indica que todo el batallón se desplazó hasta el pueblo con el objetivo de registrar unas 60 casas. El pretexto era encontrar armas, aunque al final no se halló ninguna. “Eran las dos de la madrugada e íbamos casa por casa. Las familias palestinas estaban muertas de miedo y las chicas se orinaban encima de puro pavor. Creamos una atmósfera fanática. Entrábamos en las casas y lo revolvíamos todo”, cuenta el sargento S. “Juntábamos a la familia en una habitación bajo la vigilancia de un guardia, a quien pedíamos que les apuntara con su arma y registrara toda la casa. Recibimos la orden de detener a todos los varones jóvenes..., llevarlos al patio de la escuela, atarles las manos y tapanles los ojos”.

Robando a los pobres

“Los soldados han sido educados para ver a todos los árabes como terroristas potenciales”

Como no encontraron armas, los soldados confiscaron los cuchillos de cocina que había en las casas que ocuparon. “Lo que más me chocó fue que los soldados nos convertimos en ladrones”, continúa el sargento S. “Uno se llevó 20 shekels (3,6 euros), otros iban por las casas viendo qué podían robar. Haras es un pueblo donde la gente es muy pobre. Los soldados dijeron: ¡Qué bajón!, aquí no hay nada para robar. He robado lo que he podido, rotuladores, simplemente por decir que he robado algo”.

En una ocasión, varios soldados golpearon con la culata de sus armas a un disminuido mental que les había gritado hasta que este se puso a sangrar. “Llevábamos muchas órdenes de arresto ya firmadas, con un espacio en blanco donde se escribía que esa persona había sido arrestada por causar disturbios”, dice el sargento S.

“En otro momento, los soldados llegaron a una casa y simplemente la demolieron aduciendo que allí se guardaban explosivos. Teníamos perros que los detectan pero se decidió no traerlos y simplemente destruir la casa. La madre veía todo desde allí y lloraba. Sus hijos pequeños estaban con ella y le golpeaban”, cuenta el sargento S.

Yehuda Shaul, director de Romper el Silencio, quien ha recogido las denuncias, está convencido de que los israelíes corrientes creen que, a diferencia de lo que ocurre en Gaza, en Cisjordania reina la calma, algo que de ninguna manera se ajusta a la realidad. No obstante, es muy difícil explicar por qué es tan difícil romper el silencio y que la voz de los soldados rebeldes llegue a todo el país.

La organización israelí Yesh Din (Hay Justicia) ha recogido material de los habitantes de Haras, unas declaraciones que coinciden básicamente con los relatos de los militares citados. Mijael Sfard, consejero legal de Hay Justicia, ha presentado varias quejas ante la Policía Militar israelí, aunque todavía no ha recibido ninguna respuesta.

Retrasos y burlas para cojos y parejas camino de su boda

El Sargento S. cuenta que entre los incidentes que presencié figura uno que ocurrió en un control militar de Qalquiliya, en el norte de Cisjordania. Un palestino cojo que llevaba una prótesis llegó dando saltos. “Un soldado creyó que era una situación divertida y lo detuvo intencionadamente para explayarse y reírse de su cojera. Yo le pregunté al soldado ‘¿Qué haces?’ y le dije al palestino que pasara. El soldado me dijo: ‘Estás contradiciendo mis órdenes’. Discutimos y, por fin, el cojo pasó”.

En otra ocasión llegaron al puesto de control israelí una pareja de novios palestinos camino de su enlace. “El soldado que estaba conmigo me pidió que los retuviéramos para que llegaran tarde a la boda. Nos pusimos a discutir y, al final, les dejamos pasar”. Este tipo de actuaciones las conocen de primera mano cada uno de los soldados israelíes, incluidos los oficiales de alto rango, y por extensión la sociedad entera de este país, aunque la inmensa mayoría guarda silencio y apenas un puñado las denuncia.

March 23, 2007

Memo From Jerusalem

Israeli Soldiers Stand Firm, but Duty Wears on the Soul

By STEVEN ERLANGER

JERUSALEM, March 22 — Some of Jerusalem's nicest people gathered the other night to listen to a talk by an Israeli soldier troubled by how he and some of his colleagues had behaved in the occupied West Bank.

The small crowd on a rainy evening was a bit disheveled, with lots of untamed hair and sensible shoes. Largely English-speaking, they were generally somewhere on the left of Israel's wide political spectrum, and they listened earnestly as Mikhael Manekin, 27, spoke quietly about his four years of service with the Golani infantry brigade in the West Bank. Mr. Manekin and his colleagues spent a lot of their time at security checkpoints around Hebron and Nablus, controlling the movement of Palestinians to try to ensure that suicide bombers could not infiltrate Israeli cities. The checkpoints are part of a security network, including the separation barrier, that protects Israel, but also deeply inconveniences Palestinians who would never consider strapping on a bomb.

Mr. Manekin is the director of Breaking the Silence, a group of former Israeli combat soldiers and some current reservists, shocked at their own misconduct and that of others, who have gathered to collect their stories and bear witness. Since 2004, the group has collected testimonies from nearly 400 soldiers (available in English at www.shovrimshatika.org/index_e.asp).

He spoke of how some soldiers humiliate or beat Palestinians to keep crowds in line and how soldiers are taught to be aggressive, but how most behave within decent moral limits — and of how the fear that hundreds of people could erupt in anger wears on the soul and turns young men callous.

"I don't think this is a problem of the military," he said. "It's a problem of the society. We're sending these kids in our name. And there has to be a space to talk of bad things. It's not enough to say, 'But there's Palestinian terrorism,' which there is, but that's too easy."

He felt conflicted whenever he went back into the army on reserve duty, he said. "I love my soldiers, and I'm a good officer," he said. "But going back into that system is hard. Still, I see my future here and my children's future. And I want a safe country, like everyone, and also a moral country."

In the aftermath of Israel's inconclusive summer war against the militant organization Hezbollah in southern Lebanon, Mr. Manekin's stories struck an ambivalent note even in this audience at the Yakar Center for Social Concern, founded in 1992 to promote debate and dialogue among Israelis and their neighbors. Run by Benjamin Pogrund, a distinguished journalist from South Africa, the center embraces difficult topics like the status of Israeli Arabs, settlements, religious orthodoxy and challenges to democracy.

There is a general gloominess in Israel after the war with Hezbollah, a sense that neither the government nor the army performed very well, and the result is widespread anxiety and a new mood of introspection.

The government is one thing, but the army is the core institution of this little state, and a fine new film about the army's last days in Lebanon in 2000, "Beaufort," is being praised for its depiction of the sensitive Israeli soldier bravely doing his duty despite his fear and the usual political and military confusion.

While criticism of the army is quite acceptable in Israel's democracy, and not just on the left, Breaking the Silence left some raw feelings here.

At the recent talk and discussion session, one man stood and said Mr. Manekin and his friends were hurting Israel, especially its image abroad, in order to salve their own consciences. Many in the audience nodded in agreement. Tall and dignified, about 45, the man said that he, too, had served in the West Bank, "and I'm proud of what I did there to defend Israelis."

It is crucial to intimidate people at checkpoints to keep them cowed, he said, his voice shaking a little, "because we are so few there, and they are so many."

Then he said: "These people are not like us! They come up to our faces and they lie to us!"

That was enough for Uriel Simon, 77 years old, a professor emeritus of biblical studies at Bar-Ilan University and a

noted religious dove.

“As for liars,” Mr. Simon said, then paused. “My father was a liar. My grandfather was a liar. How else did we cross lines to get to this country? We stayed alive by lying. We lied to the Russians, we lied to the Germans, we lied to the British! We lie for survival! Jacob the Liar was my father!” he said.

As for the Palestinians, he said: “Of course they lie! Everyone lies at a checkpoint! We lied at checkpoints, too.”

Everyone is afraid of mirrors, Mr. Simon said, readjusting the knitted skullcap on his nimbus of white hair. “We hate the mirror. We don’t want to look at ourselves. We don’t like photographs of us — we say, ‘Oh, that’s not a very good likeness.’ We want to be much nicer than we are. But here there are also prophets who are mirrors, who are not afraid of kings and generals. The prophet says, ‘You are ugly,’ and we don’t want to hear it, but we have to look at the mirror honestly, without fear.”

Later, Mr. Simon tried to describe the ambivalence and even confusion, as he saw it, in the room.

The army is central to Israel, and the problems so complicated, he said. At the beginning of the summer war, as in the beginning of any war, including the war in Iraq, “there’s a euphoria that derives from an almost irrational belief in power and force, that the sword can cut through all the slow processes.” It is more enthralling if, like Israel, “you have so much power that you can’t use, and suddenly you can.”

But the euphoria is always short-lived, he said, because no army is as efficient as advertised, and power rarely delivers the clean outcome it seems to promise.

“We bomb southern Lebanon like mad, and still they continue to send missiles at us,” he said.

The frustration is even more intense “for a people like Israel forced to live on its sword, for who will save this little state?” he asked. “The United Nations? The good will of America? We’d be overrun 10 times before America awakes, even if it wants to awake. So every 10-year-old knows the sheer importance of the Israeli Army, and the more you need it the more you expect from it.”

At the end of the evening, Mr. Simon said, he went to talk to the tall man who had been so upset. “He said to me, ‘You won’t believe me, but I agree with 90 percent of what you said.’ ” Mr. Simon laughed softly. “It just showed how confused he was.”

A former member of an Israeli assassination squad has broken his silence for the first time. He spoke to Donald Macintyre

Sunday, 1 March 2009

The Israeli military's policy of targeted killings has been described from the inside for the first time. In an interview with The Independent on Sunday, and in his testimony to an ex-soldiers' organisation, Breaking the Silence, a former member of an assassination squad has told of his role in a botched ambush that killed two Palestinian bystanders, as well as the two militants targeted.

The operation, which took place a little over eight years ago, at the start of the present intifada, or uprising, left the former sharpshooter with psychological scars. To this day he has not told his parents of his participation in what he called "the first face-to-face assassination of the intifada".

As the uprising unfolded, targeted assassinations became a regularly used weapon in the armoury of the Israel military, especially in Gaza, where arrests would later become less easy than in the West Bank. The highest-profile were those of Hamas leaders Ahmed Yassin and Abdel Aziz Rantisi in 2005, and of Said Siyam in the most recent offensive. But the targeting of lower-level militants, like the one killed in the operation described by the former soldier, became sufficiently common to attract little comment.

Related articles

[Middle East envoy Tony Blair in Gaza for first time](#)

The incident described by the ex-soldier appears almost trivial by comparison with so much that has happened since in Gaza, culminating in more than 1,200 Palestinian casualties inflicted by Operation Cast Lead this January. It might have been forgotten by all except those directly affected, if it had not been for the highly unusual account of it he gave to Breaking the Silence, which has collected testimony from hundreds of former troops concerned about what they saw and did – including abuses of Palestinians – during their service in the occupied territories.

That account, expanded on in an interview with the IoS, and broadly corroborated by another soldier's testimony to Breaking the Silence, directly challenges elements of the military's official version at the time, while casting new light on the tactic of targeted assassination by the Israeli Defence Forces (IDF). So do comments by the father of one of the Palestinians killed, and one who survived, also traced by the IoS.

Our source cannot be identified by name, not least because by finally deciding to talk about what happened, he could theoretically be charged abroad for his direct role in an assassination of the sort most Western countries regard as a grave breach of international law. From a good home, and now integrated into civilian life in the Tel Aviv area, the former soldier is about 30. Intelligent and articulate, and with a detailed memory of many aspects, he is scrupulous in admitting his recall of other points may be defective.

The former conscript said his special unit had trained for an assassination, but was then told it would be an arrest operation. They would fire only if the targeted man had weapons in his car. "We were pretty bombed it was going to be an arrest. We wanted to kill," he said. The unit then went south to Gaza and took up position. It was 22 November 2000. The squad's main target was a Palestinian militant called Jamal Abdel Razeq. He was in the passenger seat of a black Hyundai being driven north towards Khan Younis by his comrade, Awni Dhuheir. Both men were wholly unaware of the trap that was waiting for him near the Morag junction. This section of the main Salahadin north-south road in Gaza went straight past a Jewish settlement. Razeq was used to seeing an armoured personnel carrier (APC) beside the road, but he had no idea that its regular crew had been replaced by men from an elite air force special unit, including at least two highly trained sharpshooters.

Since before he even left his home in Rafah that morning, Shin Bet – the Israeli intelligence service – had been monitoring Razeq's every move with uncanny accuracy, thanks to a running commentary from the mobile phones of two Palestinian collaborators, including one of his own uncles. The man who was to kill him says he was "amazed" at the detail relayed to the unit commander from Shin Bet: "How much coffee he had in his glass, when he was leaving. They knew he had a driver [and] ... they said they had weapons in the trunk, not in the car. For 20 minutes we knew it was going to be a simple arrest because they had no weapons in the car."

But then, he says, the orders suddenly changed. "They said he had one minute to arrive, and then we got an order that it was going to be an assassination after all." He thinks it came from a war room set up for the operation and his

impression was that “all the big chiefs were there”, including a brigadier general.

The two militants would still have suspected nothing as they approached the junction, even when a big Israel Defence Forces (IDF) supply truck lumbered out of a side turning to cut them off. They would have had no way of knowing the truck was full of armed soldiers, waiting for this moment. A 4x4 was deployed by the road, only in case “something really wrong” happened.

But something did go wrong: the truck moved out too soon, and blocked not only the militants in their black Hyundai, but the white Mercedes taxi in front of them. It was carrying Sami Abu Laban, 29, a baker, and Na’el Al Leddawi, 22, a student. They were on their way from Rafah to Khan Younis to try to buy some scarce diesel to fire the bread ovens.

As the critical moment approached, the sharpshooter said he began to shake from the waist down. “What happens now is I’m waiting for the car to come and I am losing control of my legs. I have an M16 with digicom [special sharpshooter sights]. It was one of the strangest things that ever happened to me. I felt completely concentrated. So the seconds are counted down, then we started seeing the cars, and we see that two cars are coming, not one. There was a first car very close to the following one and when the truck came in, it came in a bit early, and both cars were stopped. Everything stopped. They gave us two seconds and they said, ‘Shoot. Fire.’” Who gave the order, and to whom? “The unit commander ... to everybody. Everybody heard ‘Fire.’”

The target, Razeq, was in the passenger seat, closest to the APC. “I have no doubt I see him in the scope. I start shooting. Everyone starts shooting, and I lose control. I shoot for one or two seconds. I counted afterwards – shot 11 bullets in his head. I could have shot one shot and that’s it. It was five seconds of firing.

“I look through the scope, see half of his head. I have no reason to shoot 11 bullets. I think maybe from the fear, maybe to cope with all the things that are happening, I just continue shooting.”

As far as he can recall, the order to fire was not specific to the sharpshooters in the APC. He cannot know for certain if the troops in the truck thought wrongly that some of the fire was directed at them from the cars. But he says that after he stopped “the firing gets even worse. I think the people in the truck started to panic. They’re firing and one of the cars starts driving and the commander says, ‘Stop, stop, stop, stop!’ It takes a few seconds to completely stop and what I see afterwards is that both cars are full of holes. The first car, too, which was there by coincidence.”

Razeq and Dhuheir, the militants, were dead. So were Abu Laban and Al Leddawi. Miraculously, the driver of the taxi, Nahed Fuju, was unscathed. The sharpshooter can remember only one of the four bodies lying on the ground. “I was shocked by that body. It was like a sack. It was full of flies. And they asked who shot the first car [the Mercedes] and nobody answered. I think everybody was confused. It was clear that it had been a screw-up and nobody was admitting [it].” But the commander did not hold a formal debriefing until the unit returned to its main base.

“The commander came in and said, ‘Congratulations. We got a phone call from the Prime Minister and from the Minister of Defence and the chief of staff. They all congratulated us. We succeeded perfectly in our mission. Thank you.’ And from that point on, I understood that they were very happy.” He says the only discussion was over the real risk there had been of soldiers’ casualties from friendly fire in the shoot-out, in which at least one of the IDF’s own vehicles was hit by ricocheting bullets, and at the end of which at least one soldier even got out of the 4x4 and fired at an inert body on the ground.

Saying his impression was “they wanted the press or the Palestinians to know they were raising a step in our fight”, he adds: “The feeling was of a big success and I waited for a debriefing that would ask all these questions, that would show some regret for some failure, but it didn’t happen. The only thing that I felt is that the commanders knew that it was a very big political success for them.”

The incident immediately caused something of a stir. Mohammed Dahlan, then head of the Fatah-run Preventative Security in Gaza, called it a “barbaric assassination”. The account given at the time to the press by Brigadier General Yair Naveh, in charge of IDF forces in Gaza, was that it had been intended as an arrest operation, but that sensing something amiss, Razeq had pulled out a Kalashnikov rifle and attempted to open fire at the Israeli forces, at which point the troops shot at his vehicle. While Razeq was the main target, it was claimed, the two victims in the taxi were also Fatah activists “with ties to Razeq”.

Mr Al Leddawi said last week that his son’s presence was a tragic accident of timing and that the family had never heard of the other two men. “It was all by coincidence that they were there,” he said. “We have nothing to do with the resistance in this family.” Beyond saying that he had received “not a shekel” in compensation, the taxi driver, Mr Fuju, did not want to talk to us in Rafah last week. “You want to interview me so the Israelis can bomb my house?”

The Israeli military said in response to detailed queries about the incident and the discrepancies between its account at the time and that of Palestinians, and now the ex-soldier, that it takes “human rights violations very seriously” but “regrets that Breaking the Silence does not provide it with details or testimony of the incidents it alleges in order to allow for a thorough investigation”. It added that “these soldiers and commanders did not approach senior commanders ... with their complaints during their service.”

Our revelations in brief: Secret unit on a mission to kill

The Independent on Sunday has obtained an account which, for the first time, details service in one of the Israeli military’s assassination squads.

A former conscript has told the IoS and an ex-soldiers' organisation of his part in an ambush that went wrong, accidentally killing two men as well as the two militants targeted.

The ex-soldier, a trained sharpshooter, says he fired 11 bullets into the head of the militant whose death had been ordered by his superiors. The squad was initially told it was going on an arrest mission, but was then ordered on a minute's notice to shoot to kill.

Instead of the flaws in the operation being discussed afterwards, the squad was told it had "succeeded perfectly" and had been congratulated by the Prime Minister and chief of staff.

The former soldier, who was psychologically scarred by the incident, has never told his parents what happened.

